

# **Dr. David A. deSilva , Hebreos, Sesión 8a, Hebreos 9:1-10:18: Cristo, nuestra expiación (Parte 1)**

© 2024 David deSilva y Ted Hildebrandt

En Hebreos capítulo 9, versículo 1, hasta el capítulo 10, versículo 18, el predicador se dirige a otras dos preguntas importantes que se basan en las que abordó en los capítulos 7 y 8. Primero, ¿cuál es el significado de la muerte y ascensión de Jesús si las entendemos como la obra de un sacerdote en el linaje de Melquisedec? Y segundo, ¿cuáles son las consecuencias para aquellos que se acercan a Dios a través de la mediación de Jesús en lugar de la mediación de los sacerdotes levíticos? En Hebreos capítulo 9, versículos 1 al 10, el autor analiza la disposición espacial del tabernáculo o templo e identifica en ella la falla esencial del sistema sacerdotal levítico y la ley que lo regulaba. Estos no pudieron ampliar el acceso a la presencia de Dios más allá del sumo sacerdote a todo el pueblo. En el capítulo 9, versículos 11 al 14, el autor analiza la ascensión de Cristo como una entrada al lugar santísimo celestial para realizar el ritual del día de expiación finalmente efectivo.

Utiliza un argumento de mayor a menor en relación con la sangre de los sacrificios animales, que sólo es efectiva hasta cierto punto, y la sangre de Jesús, que debe ser mucho más poderosa, un detergente ritual, por así decirlo, para eliminar la contaminación del pecado. Cambia su marco interpretativo en el capítulo 9, versículos 15 al 22, del día del ritual de expiación en Levítico 16 al derecho de inauguración del pacto que se encuentra en Éxodo capítulo 24. El derecho que Moisés ejerció para iniciar el pacto sinaítico se convierte en un segundo modelo para entender la muerte de Cristo y su ascensión al lugar santo celestial como un acto ritual que inicia el nuevo pacto anunciado en Jeremías 31.

En los versículos finales del capítulo 9, versículos 23 al 28, el autor vuelve al marco del ritual del día de la expiación al considerar la entrada de Cristo al lugar santísimo celestial como el equivalente cósmico de la obra del sumo sacerdote terrenal que entraba en el lugar santísimo terrenal con la sangre del toro y del macho cabrío para quitar la contaminación del pecado del propiciatorio. El autor argumentará que la entrada de Cristo al cielo después de su obediencia hasta la muerte elimina efectivamente el recuerdo de la contaminación del pecado de la presencia misma de Dios. En el capítulo 10, versículos 1 al 10, el autor vuelve al tema de la repetición de los sacrificios en el sistema levítico para argumentar que esta repetición anual de los mismos sacrificios indica su ineficacia para tratar con el pecado y la contaminación que mantenían a la gente a distancia de Dios.

Luego pasa al Salmo 40, versículos 6 al 8, como una garantía bíblica del único sacrificio eficaz que Jesús realizaría al ofrecerse a sí mismo de una vez por todas. El

autor concluye esta sección central sobre el ministerio sacerdotal de Jesús en el capítulo 10, versículos 11 al 18, volviendo a examinar el Salmo 110, versículo 1, donde Jesús es invitado a sentarse a la diestra de Dios en relación con su nombramiento al sacerdocio. El predicador encuentra aquí en el hecho de que Jesús se siente una prueba de la eficacia de la ofrenda de Cristo, porque se sabe que los sacerdotes levíticos están continuamente de pie en su servicio sacerdotal.

Pero el hecho de que Jesús se siente al lado de Dios es tomado por el predicador como prueba de que la obra sacerdotal de Jesús está decisivamente cumplida y no necesitará ser repetida jamás. Concluye con otra recitación de Jeremías capítulo 31, versículos 33 y 34 como una especie de QED, como si dijera: He demostrado mi punto, habiendo demostrado que, de hecho, en Cristo, la eliminación decisiva de los pecados tanto de la conciencia del adorador como de la presencia misma del Dios Todopoderoso en el cielo se ha cumplido finalmente. En el capítulo 9, versículos 1 al 10, el autor examina más de cerca la disposición del tabernáculo terrenal e identifica precisamente cuál era el problema y qué era lo censurable en el primer pacto.

El autor ya lo había insinuado en el capítulo 7, versículos 11 y 19. Las normas de culto de la Torá y su sacerdocio no eran capaces de producir la perfección, es decir, no eran capaces de limpiar la conciencia de los adoradores para que estos pudieran acercarse completamente a Dios y no sólo llegar hasta el tabernáculo terrenal sino hasta el prototipo celestial, el lugar sagrado celestial donde Dios moraba.

Ahora el autor dará una explicación de ese encargo contemplando las normas para el servicio de culto y la disposición del santuario mundano, el templo terrenal, que fueron decretadas por el primer pacto. Y así leemos: Ahora bien, incluso el primer pacto tenía normas para el culto y un santuario terrenal. Se construyó una tienda, la primera, que incluía el candelabro, la mesa y el pan de la proposición.

Este era el lugar llamado el Santo. Detrás de la segunda cortina había una tienda llamada el Lugar Santísimo. En ella se encontraba el altar de oro del incienso y el Arca de la Alianza recubierta de oro por todos lados, en la que estaba la urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció y las tablas de la alianza.

Por encima de él estaban los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio. De estas cosas no podemos hablar ahora en detalle. Con esta última advertencia, el autor indica que no va a especular sobre el significado espiritual o el significado de los adornos del templo, a diferencia de Filón de Alejandría, por ejemplo.

Cuando Filón escribió sobre la disposición del tabernáculo, desarrolló extensamente el significado alegórico, moral y espiritual de cada pieza del mobiliario del tabernáculo. Lo que interesa a nuestro autor, sin embargo, son las disposiciones espaciales mismas y las limitaciones al acceso a Dios que estas disposiciones perpetuaban, como continúa diciendo en los versículos 6 y 7. Una vez hechos estos

preparativos, los sacerdotes entran continuamente en la primera tienda para llevar a cabo sus deberes rituales, pero sólo el sumo sacerdote entra en la segunda, y sólo una vez al año, y no sin tomar la sangre que ofrece por sí mismo y por los pecados cometidos involuntariamente por el pueblo. El problema central que el primer pacto perpetuó en lugar de superar parece ser para este autor las gradaciones en el acceso a Dios.

Es decir, la mayoría de los israelitas sólo podían llegar hasta cierto punto, acercarse a Dios, y luego tenían que detenerse. La mayoría de los sacerdotes sólo podían llegar hasta cierto punto más cerca de Dios y luego tenían que detenerse. Sólo el sumo sacerdote podía entrar hasta el Lugar Santísimo, que representaba la presencia real de Dios, y luego estaba limitado a hacer tal entrada sólo una vez al año.

Los sacerdotes cumplían sus funciones en la cámara exterior, cuidando el candelabro y poniendo de nuevo los panes consagrados, los panes de la proposición. Según Éxodo 30, versículos 7 y 8, los sacerdotes también ofrecían incienso en el altar del incienso, aunque la ubicación que hace el autor de Hebreos de este autor en la cámara interior sería problemática en este sentido. A este lugar, la cámara más alejada, donde se pensaba que habitaba Dios, entraba sólo una vez al año un solo hombre, el sumo sacerdote, en el Día de la Expiación, cuando introducía en el Lugar Santísimo la sangre que cubría primero sus propios pecados y después los pecados del pueblo, y después sólo los cometidos sin saberlo o por ignorancia.

Este ritual, descrito extensamente en Levítico 16, es un antecedente esencial para la reflexión del autor sobre la actividad de los sumos sacerdotes levíticos y el logro de Jesús a lo largo de esta sección. Los israelitas laicos, los sacerdotes ordinarios y el sumo sacerdote representaban tres niveles de santidad, tres niveles de adhesión a los requisitos de pureza, y con cada nivel venía el privilegio y el peligro añadidos de acercarse a la imponente presencia de la santidad de Dios en sí. El sacerdocio no era en sí mismo una barrera para el acceso a Dios, pero tampoco podía mejorar el acceso a Dios del adorador ordinario.

Las normas de culto del Primer Pacto, por tanto, aseguraban que la nación se mantuviera alejada de Dios, construyendo un cerco de castigos por la intrusión y un aura de tabú alrededor del Lugar Santísimo para proteger la santidad de Dios, o más exactamente, para proteger a la nación de que la santidad de Dios irrumpiera contra su inmundicia. El autor de Hebreos considera que este arreglo es insatisfactorio. Entiende que la promesa de Dios de morar en medio de su pueblo indica una relación mucho más íntima con todo el pueblo y, por lo tanto, una relación que no se cumplió bajo el Primer Pacto.

Encuentra un espíritu afín en Juan el Vidente, el autor del Apocalipsis, que espera con ansias la Nueva Jerusalén para el cumplimiento de la esperanza de Dios. Leemos allí que en la Nueva Jerusalén de Juan no hay templo específicamente debido al

acceso gradual a Dios, y las limitaciones de acceso a Dios han sido eliminadas. Así, nuestro autor llega a su punto en Hebreos 9, versículos 8 al 10.

Los arreglos de culto del Primer Tabernáculo, con su mantenimiento perpetuo de límites y barreras a la presencia de Dios, son un vehículo, cita, que es una figura para el tiempo presente, todavía tiene estatus de culto, en cuya cámara se ofrecen ofrendas y sacrificios que no pueden perfeccionar al adorador con respecto a su conciencia, siendo solo asuntos de alimentos y bebidas y varias abluciones, regulaciones limitadas a la carne, que tienen vigencia hasta el momento de arreglar las cosas. El todavía es significativo. El camino hacia los lugares santos aún no ha sido mostrado.

El autor espera con ansias el día en que se aclarará el camino para entrar, como leeremos en el capítulo 10, versículos 19 y 20, y aún más explícitamente en el capítulo 12, versículos 26 a 28. El día en que la creación material sea sacudida y removida, se abrirá y aclarará el camino hacia el reino invisible para aquellos que han sido preparados por el sacrificio de Cristo para entrar en él. Aquí, el autor afirma que el Espíritu Santo dejó en claro, por medio de los arreglos del Tabernáculo, que el camino hacia el Lugar Santísimo aún no ha sido revelado, mientras que esa primera tienda tiene un carácter de culto, lo que él llama una parábola para el tiempo presente.

Se dice que la primera tienda tiene un significado metafórico. Es una parábola que apunta al tiempo presente. Esta observación entre paréntesis introduce una dimensión cosmológica en la disposición del primer Tabernáculo, que se aclarará nuevamente en el capítulo 12, versículos 26 a 28.

La tienda exterior, el Lugar Santo, es un símbolo de la época actual, cuando la creación visible misma todavía oculta la entrada al reino celestial, permanente e invisible representado por la segunda cámara. El camino se aclarará cuando esa primera cámara, es decir, esta creación visible, sea sacudida y removida para que lo que no ha sido sacudido pueda permanecer. El punto esencial de este pasaje tiene que ver, una vez más, con el fracaso de los sacrificios levíticos en ampliar el acceso a Dios entre todo el pueblo.

Como escribe el autor, en esta tienda se ofrecen sacrificios que no son capaces de perfeccionar al adorador en lo que respecta a la conciencia. Es decir, no pueden llevar la conciencia del adorador al objetivo divinamente señalado de permitirle permanecer en la presencia misma de Dios con la expectativa de recibir su favor en lugar de temer la destrucción. El hecho de que los muchos sacrificios dejaran a los adoradores de pie perpetuamente afuera prueba para nuestro autor la ineficacia de todo el sistema.

Así, escribe que sólo tienen fuerza los sacrificios que cita en relación con los alimentos y bebidas y las diversas abluciones o purificaciones rituales, que son normas para la carne vigentes hasta que llegue el momento de renovarlas o de ponerlas en orden. El autor critica las normas del primer pacto como meras normas para la carne, prescripciones relacionadas con los alimentos, como las normas dietéticas de la Torá o los lavados purificadores del cuerpo, que son incapaces de extender el poder santificador a la persona interior. Para el autor, sin embargo, el momento de la corrección, de poner las cosas en orden, ya ha llegado.

Para Jesús, el sumo sacerdote ya había entrado en el tabernáculo celestial e instituido el nuevo pacto de Jeremías 31. La primera tienda ya había perdido su estatus cultural, como lo demostrará un poco más adelante, en el capítulo 10, la exégesis que el autor hace del Salmo 40, versículos 6 al 8. Hebreos 9, versículo 7, ha establecido el rito del Día de la Expiación como marco de referencia para la comparación de la obra de los sumos sacerdotes levíticos y la obra del sacerdote en el linaje de Melquisedec, es decir, Jesús.

Puesto que el rito del Día de la Expiación es un trasfondo tan importante para la exposición del autor en estos capítulos, deberíamos detenernos un momento y refrescar nuestra memoria en lo que respecta a las diversas etapas de ese ritual tan importante en la vida de Israel. El primer movimiento litúrgico importante en el ritual del Día de la Expiación es que el sumo sacerdote sacrifica un toro como ofrenda por el pecado para sí mismo y su familia. Quema incienso en el Lugar Santísimo en un incensario y rocía el propiciatorio con la sangre de ese toro.

En un segundo acto, el sumo sacerdote selecciona dos machos cabríos y sacrifica uno como ofrenda por el pecado del pueblo. Una vez más, entra en el Lugar Santísimo para rociar la sangre de ese macho cabrío sobre el propiciatorio, haciendo expiación por los pecados del pueblo. El sumo sacerdote unta un poco de la sangre tanto del toro como del macho cabrío en las cuatro esquinas del altar del holocausto.

El sumo sacerdote presenta entonces el segundo macho cabrío, pone sus manos sobre él, confiesa sobre su cabeza todos los pecados del pueblo y lo envía fuera del campamento. Alguien conduce el macho cabrío al desierto y allí lo libera para Azazel, el espíritu demoníaco del desierto. Luego el sumo sacerdote se sumerge en agua, se cambia de ropa y ofrece la grasa de las dos ofrendas por el pecado, el primer macho cabrío y el novillo, sobre el altar.

Finalmente, los demás cadáveres del toro y del macho cabrío son sacados fuera del campamento por otros sacerdotes y quemados. En este rito litúrgico hay dos componentes esenciales. En primer lugar, aquellos actos que limpian los lugares santos de la contaminación de los pecados del pueblo.

En segundo lugar, aquellos aspectos del rito que purifican al pueblo mismo de la contaminación de sus pecados. El primer elemento puede pareceros extraño, pero en la antigua concepción israelita de las cosas, los pecados contra el pacto no sólo contaminaban a la persona que los cometía, sino que se producía una especie de efecto espejo en la conciencia del adorador, por un lado, y en el propiciatorio del Lugar Santísimo, por el otro.

Lo que un gran estudioso de Levítico y Números, Jacob Milgram, ha llamado el efecto de la imagen de Dorian Gray de los pecados del pueblo sobre el propiciatorio en el Lugar Santísimo. Así, el rito de la expiación tenía este doble aspecto de quitar el pecado del camino en dos lugares diferentes, el lugar de la presencia de Dios y, por supuesto, la conciencia del adorador que había pecado en primer lugar. Así como el primer pacto tenía un santuario y reglamentos de culto, el predicador cree que el segundo pacto tiene su propio santuario asociado, el celestial, y sus propios ritos sacrificiales.

Los antiguos mapas rituales, como el mapa del rito del día de la expiación, funcionan como prototipos. Proporcionan la materia prima conceptual, pero ésta es combinada de maneras nuevas e imposibles, en efecto, por el nuevo sacerdote, por Jesús, quien se convierte a la vez en mediador y en ofrenda. Así, leemos en el párrafo siguiente: Pero Cristo, habiéndose convertido en el sumo sacerdote de los bienes existentes, entró una vez para siempre en el santuario a través de un tabernáculo mejor y más perfecto, no hecho por manos, es decir, no de esta creación, no por sangre de machos cabríos ni de toros, sino por su propia sangre, inventando la redención eterna.

Porque si la sangre de los machos cabríos y de los toros, y la ceniza de la becerra rociada, santifican a los inmundos para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios mediante el Espíritu eterno, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? El autor afirma de nuevo que el ministerio de Jesús tiene lugar en un lugar superior, en el tabernáculo más grande y más perfecto, no hecho de manos, es decir, que no pertenece a esta creación. La descripción que se hace aquí del santuario celestial como el tabernáculo más grande y más perfecto apoya, en primer lugar, la comprensión del lenguaje de la perfección en relación con el cruce del umbral entre los reinos visible e invisible. El templo celestial es más perfecto porque existe en el reino inquebrantable y permanente.

En segundo lugar, la distinción que hace el autor entre esta creación y el reino en el que Jesús ha entrado como precursor nuestro respalda una lectura de Hebreos 9:9 que implica algo más que la mera sustitución del culto del Antiguo Testamento. Esta creación misma se interpone entre el creyente y el acceso completo y final a Dios. Por tanto, Jesús debe pasar por los cielos creados para entrar en ese lugar permanente de meditación que no pertenece a este reino material visible.

El camino hacia los lugares santos ha sido revelado ahora. Los creyentes pueden entrar en ese lugar en oración y adoración colectiva, pero aún más, pueden hacerlo en persona cuando Cristo regrese por segunda vez para llevarlos junto con él a la gloria. El ministerio de Jesús también implica elementos rituales superiores.

Entra en el cielo mismo no por la sangre de machos cabríos y toros, sino por su propia sangre. El medio purificador del segundo pacto es mucho más costoso, ya que implica la muerte del propio Hijo de Dios. De ahí también el mayor peligro que conlleva profanar esta sangre pensando demasiado poco en los beneficios que ha traído, como el autor explicará en breve en el capítulo 10, versículo 29.

El carácter de una vez por todas del sacrificio de Jesús refleja la calidad de la redención que obtiene. Es una redención eterna porque dura para siempre y no necesita repetición. Para nuestro predicador, la repetición es un signo de ineficiencia e ineficacia.

En el capítulo 9, versículos 13 y 14, el autor introduce otro argumento de menor a mayor basado en la antítesis de la sangre animal versus la propia sangre de Jesús en el capítulo 9, versículo 12. Al vincular la sangre de toros y machos cabríos con las cenizas rociadas de la novilla, el autor combina los sacrificios ofrecidos en el Día de la Expiación en Yom Kippur con el procedimiento descrito en Números 19 para la preparación de la sustancia que elimina las impurezas contraídas por la contaminación del cadáver, al tocar un cuerpo muerto. Esta asociación permite al autor presentar su afirmación de que toda la gama de ritos bajo el Antiguo Pacto solo tenía el poder de tratar con la contaminación externa, siendo, como él lo expresa, regulaciones para la carne que no podían penetrar hasta la eliminación de la contaminación de la conciencia.

Los sacrificios del Día de la Expiación quedan así relegados al plano de la purificación externa. Si la sustancia material de la sangre animal es suficiente para la santificación de la persona exterior, la sangre de Cristo, sostiene el autor, ofrecida a través del espíritu eterno, seguramente será suficiente para la purificación de la persona interior. Debemos notar que, en este momento, un cambio en la antropología se ha reflejado en la distinción que hace el autor entre la persona exterior y la conciencia de la persona interior.

Se trata de un cambio de concepción del ser humano que tenía el antiguo Israel, más integrado, en el que no se distinguían radicalmente los aspectos interiores y exteriores de la persona. El autor se ha acercado a una concepción más helenística que contrapone las facetas externas e internas del ser humano. A los redactores del Levítico no se les habría ocurrido trazar una línea divisoria entre la limpieza de la piel y la limpieza del corazón.

Un solo rito purificaría a la persona. El autor de Hebreos, entrando en la historia con el beneficio de la crítica profética del ritual sacerdotal y también con el beneficio de siglos de helenización a sus espaldas, ahora puede cuestionar Levítico 16 versículo 30 en cuanto al grado de purificación que proporciona el rito del Día de la Expiación y puede concluir que es un mero rito externo. Debemos recordar aquí a lo largo de este argumento que el autor está hablando de una crucifixión sufrida por obediencia y fidelidad a Dios.

No debemos imaginarnos a Jesús llevando sangre a los lugares celestiales como si las realidades espirituales pudieran ser purificadas por materiales de cualquier calidad. El hecho de que el autor sea consciente de que el sacrificio de Jesús se lleva a cabo a través de espíritus eternos puede indicar que el autor no quiere que nos aferremos demasiado a los aspectos materiales de la muerte de Jesús mientras reflexionamos sobre los efectos de esa muerte en estos términos de culto. Utiliza un lenguaje objetivante como la sangre para ayudar a sus oyentes a apropiarse de esta buena noticia en términos de lo que entenderían.

La muerte de Jesús por nosotros y su ascensión a la presencia de Dios significan que los creyentes han sido aceptados por Dios por causa de Jesús en la casa de Dios y disfrutan del beneficio de que Jesús viva e interceda por ellos a la diestra de Dios. El lenguaje del culto del Antiguo Testamento proporciona un lenguaje poderoso para comprender el hecho de que todos los obstáculos que se interponían entre un Dios santo y una humanidad impía han sido eliminados. La muerte de Jesús, por tanto, ocurre por nosotros, pero aquí también vemos de una manera nueva cómo la ascensión de Jesús es algo que también ocurrió por causa de los seguidores de Jesús.

En Hebreos 9, versículos 15-22, el autor vuelve al lenguaje del pacto para hablar de la muerte de Jesús no sólo como el día cósmico de expiación, sino también como el rito que inaugura el nuevo pacto prometido en Jeremías 31. El rito de inauguración del pacto, como los lectores sabrán por Éxodo 24, también requiere el derramamiento de sangre. La muerte de Jesús cumple, pues, una doble función: efectúa la expiación y sirve como sacrificio que inicia el pacto.

Por eso es mediador de una nueva alianza, para que se produzca una muerte que perdone los pecados cometidos contra la primera alianza, a fin de que los llamados reciban la promesa de una herencia eterna. Uniendo las palabras alianza y herencia, el autor puede empezar a jugar con el doble sentido de la palabra griega *diatheke*, como alianza y testamento, es decir, testamento. De este modo, puede mantener unida la afirmación de la muerte de Jesús, tanto como sacrificio de inauguración de la alianza como como fallecimiento de un testador, de un testador, que hace que los bienes del testador pasen a los herederos, haciendo válida la voluntad de Dios para quienes han sido nombrados herederos de Dios.



Como continúa en el versículo 16, donde hay un pacto o un testamento, es necesario adelantar la muerte del que hizo el pacto o testamento. Como Dios, por supuesto, no puede morir, la muerte de Jesús se adelanta como la muerte que hace que la ley de la herencia sea efectiva para los herederos. El autor vuelve a cruzar la línea entre el pacto y el testamento en el versículo 17, ya que un pacto se confirma sobre la base de cadáveres.

Como no tiene fuerza mientras el testador vive, la introducción de cadáveres como base sobre la cual se confirma o se hace vinculante un pacto recuerda ciertos sacrificios para hacer pactos. Por ejemplo, el pacto hecho entre Dios y Abraham en Génesis 15, versículos 9 a 21, fue establecido efectivamente sobre cadáveres en medio de cadáveres de animales que Abraham había unido como señal del juramento de Dios de cumplir su parte del pacto en su vida, por así decirlo.

El autor vuelve entonces a temas de derecho testamentario como para completar el entrelazamiento de estos dos marcos de significado. La cláusula, puesto que ésta, es decir, el pacto, no tiene fuerza mientras el testador vive, vincula el derramamiento de sangre y la muerte de una víctima no sólo con rituales de expiación sino también con la inauguración de un pacto. Y la idea del derecho testamentario ayuda al predicador a señalar este punto.

El argumento principal es que la muerte de Cristo cumple con la inauguración de este pacto, del que se habla en la cita de Jeremías que el autor había recitado en Hebreos capítulo 8. Hebreos 9 versículos 18 al 22 resume y modifica la ceremonia de Éxodo 24 versículos 1 al 8. Por lo tanto, tampoco el primer pacto fue inaugurado sin sangre, porque después de que Moisés comunicó a todo el pueblo todos los mandamientos establecidos en la ley, Moisés tomó la sangre de los toros con agua, lana escarlata e hisopo y roció el libro mismo y a todo el pueblo diciendo: Esta es la sangre del pacto que Dios decretó para vosotros. Y roció también con sangre el tabernáculo y todos los vasos litúrgicos. Y casi todo se purifica con sangre según la ley, y sin derramamiento de sangre, no hay perdón.

La aspersión de sangre era un testimonio para el pueblo y para Dios de que el pacto era ahora vinculante para ambas partes, puesto que todos habían dado su consentimiento. La sangre provenía de animales ofrecidos como ofrenda de paz. Los sacrificios se realizan con el fin de asegurar el favor de Dios para el pueblo, asegurándoles el favor de Dios y, por lo tanto, su bienestar.

El predicador añade varios detalles al episodio del Éxodo. El agua, el hilo escarlata y el hisopo no forman parte del rito de inauguración de la alianza en Éxodo 24. Tampoco lo es la aspersión de la tienda o de todos los vasos litúrgicos.

Como en Hebreos 9:13, nuestro autor está combinando ritos de diferentes lugares de la Torá prescritos para diferentes ocasiones y propósitos con el fin de enfatizar tanto

la naturaleza exterior de estos actos como, en virtud de haber incluido muchos ritos diferentes en su comparación, la sustitución de todo el sistema de culto en el rito único del nuevo pacto. El autor también ha modificado ligeramente su recitación de las palabras de Moisés. En Éxodo 24, versículo 8, leemos que Moisés dice: He aquí la sangre del pacto.

Pero en Hebreos 9, 20 el autor hace que Moisés diga: Esta es la sangre de la alianza. Esta última frase resuena mucho más estrechamente con las palabras de la institución de la Última Cena que conocemos por los evangelios sinópticos, especialmente Mateo y Marcos, donde Jesús dice: Esta es mi sangre de la nueva alianza. De este modo, la muerte histórica de Jesús se entrelaza más estrechamente con este ritual de inauguración de la alianza.

La observación de que Moisés limpió no sólo al pueblo sino también el santuario con la sangre de toros en Hebreos 9:21, tal como lo hacía el sumo sacerdote levítico en el día de la expiación, sugiere al autor que la obra del sumo sacerdote mayor y del mediador mayor del pacto también debe incluir un elemento similar que conduce a la siguiente sección de su argumento sobre la purificación por Cristo del santuario celestial con mejor sangre que comienza en Hebreos 9, versículo 23. La presencia de este elemento ritual en el prototipo del ritual de inauguración del pacto del Antiguo Testamento se convierte en evidencia en efecto del cumplimiento del mismo elemento por Cristo en el antitipo en el reino invisible. Y así el autor continúa diciendo que sin derramamiento de sangre, no se produce el perdón. Esta máxima refleja la regla cardinal, la regla fundamental del sistema sacerdotal levítico, como leeríamos en Levítico 17, 11: La sangre se da para hacer expiación. Nuestro autor, sin embargo, sostiene esta máxima junto a una afirmación que hará poco después, al comienzo del capítulo 10: Es imposible que la sangre de toros y de machos cabríos quite los pecados.

Esta tensión, la necesidad de la sangre para hacer expiación y la imposibilidad de que la sangre animal elimine eficazmente los pecados, crean la necesidad de lo que es, en efecto, un sacrificio humano para lograr la remisión de los pecados, un sacrificio provisto en la muerte de Jesús. Esto es algo que el autor ya ha insinuado en el capítulo ocho, versículo tres. Todo sumo sacerdote es instituido para ofrecer ofrendas y sacrificios, de ahí la necesidad de que también éste tenga algo que ofrecer.

La naturaleza de esa ofrenda se convertirá en el centro de la discusión del autor en las secciones que siguen. El autor cierra lo que ahora es el capítulo nueve de su sermón haciendo hincapié en el significado cósmico y ritual de la ascensión de Jesús. Y así leemos que era necesario, por un lado, que las sombras de las realidades en los cielos fueran purificadas por medio de estos sacrificios, pero que las realidades celestiales mismas fueran purificadas con sacrificios mejores que estos.

El predicador acepta la necesidad de purificar el tabernáculo terrenal con sangre, lo cual era una característica destacada del ritual del Día de la Expiación, así como del servicio de inauguración del pacto. Nuevamente, nos encontramos con la noción de la acumulación de contaminación en el Lugar Santísimo, el recordatorio provocador en la presencia de Dios de los pecados del pueblo, y la necesidad de la purificación ritual de los mismos. Si no se controla, esta acumulación de recordatorios de los pecados del pueblo en la presencia de Dios en el lugar santo resultaría en un desastre para la nación, ya sea que la santidad de Dios irrumpiera para quemar la contaminación y su causa o que el Dios santo se retirara de un santuario contaminado y, por lo tanto, también retirara su protección y provisión del pueblo.

El autor de Hebreos construye una antítesis en el capítulo nueve, versículo 23, que recuerda el argumento de menor a mayor del capítulo nueve, versículos 13 y 14. Así como los nuevos ritos implicaban la limpieza de la conciencia en lugar de sólo la superficie exterior del pecador con una sangre más eficaz, así también el mejor santuario en el reino eterno debe ser purificado por medio de la mejor sangre. La profanación del lugar santo celestial representa el recordatorio permanente de las afrentas humanas contra Dios ante el mismo trono de Dios.

La purificación que Jesús hace del lugar santo celestial es la representación ritual de la promesa de Dios: “No me acordaré más de sus pecados”, articulada en Jeremías capítulo 31, versículo 34. Todo esto proporciona un marco interpretativo para la ascensión de Jesús, un aspecto de la historia de Jesús que tiende a no jugar un papel tan importante en la teología cristiana como su muerte y resurrección. Como continúa el autor, Cristo no entró en los lugares santos hechos a mano, antitipos de los artículos genuinos, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora ante el rostro de Dios en nuestro nombre.

Aquí observamos un sutil cambio de terminología por parte del autor. Por lo general, el Antiguo Testamento proporciona el tipo o prototipo, y Jesús y su obra proporcionan el antitipo. El tipo prefigura, el antitipo sigue y perfecciona ese modelo.

Sin embargo, al llamar al tabernáculo terrenal el antitipo, el autor está recordando a los oyentes que el templo celestial existía antes de la construcción de la copia terrenal, de hecho, antes de la creación misma, como escuchamos en el capítulo ocho, versículo cinco. La relación entre el culto celestial y los ritos terrenales se invierte en este punto. Los ritos terrenales, de hecho, reflejan el modelo del culto celestial.

El santuario servido por los sacerdotes levíticos no es más que una copia hecha por manos humanas, mientras que Jesús, con su ascensión, ha entrado en lo auténtico, en el verdadero lugar de la morada de Dios y, por tanto, en el lugar real o más eficaz para que se realice la mediación. Es allí donde él elimina de la presencia de Dios el recuerdo del pecado, el recuerdo que ha manchado y constreñido el acceso humano

a lo divino. El mismo acto, por parte de Jesús, realiza la inauguración de la nueva alianza de la que habla Jeremías.

La conexión entre la expiación y el pacto se ve facilitada aquí por el hecho de que el nuevo pacto de Jeremías trata específicamente de que Dios ya no se acuerde de los pecados. Así pues, nuestro autor toma la muerte de Jesús como un testimonio para ambas partes, para Dios y para la humanidad, de que este nuevo pacto está en vigor. Un testimonio que se lleva a cabo apropiadamente tanto en Éxodo 24 como aquí por el mediador del pacto.

Así, de nuevo, no sólo la muerte de Jesús es por nosotros, sino también su ascensión. Una tercera antítesis sigue en Hebreos 9, versículos 25 y 26, volviendo al contraste entre el sacrificio único de Jesús y los sacrificios repetidos anuales del sumo sacerdote levítico. Jesús entró en el cielo mismo, cito, no para ofrecerse muchas veces como el sumo sacerdote entra anualmente en el lugar santo con la sangre de otro; ya que, entonces, habría sido necesario que él sufriera muchas veces desde la fundación del mundo.

Pero ahora ha aparecido en la consumación de los siglos para acabar con el pecado de una vez por todas mediante su sacrificio. El predicador ya había afirmado en el capítulo nueve, versículos del siete al catorce, que el sacrificio de Jesús, realizado de una vez por todas, logra lo que los ritos anuales del día de la expiación no podían lograr. Ahora, vuelve a este punto de contraste para desarrollarlo con mayor extensión aquí y en los párrafos siguientes del capítulo 10, versículos del uno al diez.

La distinción que se hace aquí entre los sumos sacerdotes terrenales que entran con la sangre de otro, la sangre de animales sacrificados y el sacrificio de sí mismo de Jesús muestra no sólo la mayor calidad del sacrificio de Jesús, sino también el mayor grado de compromiso de Jesús con esta tarea de mediación. Literalmente se derramó para restaurar el acceso de sus clientes al favor de Dios. Esto debería servir de nuevo para despertar y mantener la gratitud de parte de la congregación del autor.

También debe servir como elemento disuasorio contra la deslealtad, contra el fracaso en dar una retribución justa a un mediador tan comprometido y tan generoso. En este punto, la dimensión escatológica entra en el argumento cultural, como volverá a ocurrir en el capítulo 10, versículo 13. El acto sacerdotal de Jesús ocurre no sólo dentro de la historia, sino al final de la historia.

Él ha aparecido en la consumación de los siglos. Esto refuerza la impresión que el predicador trata de causar en su audiencia desde el principio hasta el final de este sermón. Ellos están en el umbral de su herencia, de su entrada en su descanso, un reino inquebrantable.

El tiempo de recompensar a quienes son leales al gobierno de Cristo y subyugar a quienes le son hostiles está a las puertas. Los cristianos sólo tienen que aferrarse a sus compromisos por un tiempo muy breve, como dirá explícitamente el autor en el capítulo 10, versículos 36 a 39. El autor se toma un momento para desarrollar esta dimensión escatológica antes de volver a su exposición centrada en el culto.

Así como está previsto que los seres humanos mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo, habiéndose ofrecido a sí mismo una sola vez para quitar los pecados de muchos, aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para la salvación de los que lo esperan ansiosamente. La máxima sobre la muerte seguida del juicio refuerza la advertencia estratégica del autor de que abandonar el grupo no significa escapar del peligro. Tendrán que rendir cuentas, pase lo que pase, ante el Dios cuyo hijo rechazaron.

Para afrontar con éxito la crisis del juicio post mortem, el oyente debe ocupar toda su atención en lugar de dejar que su mirada se desvíe por la preocupación de las crisis relativamente menores provocadas por la hostilidad de sus vecinos. Quienes han recibido el costoso acto de beneficencia de Jesús y han respondido con lealtad y gratitud disfrutarán del don de la liberación, soteria, salvación en el momento de la segunda venida de Cristo. El uso del término salvación aquí es importante.

Nuevamente vemos que este autor piensa en la salvación como un bien futuro, en oposición al uso del término en Efesios 2, versículos seis al ocho, por ejemplo, para describir un evento ubicado en el pasado del creyente. La necesidad pastoral que el autor aborda, es decir, estimular una actitud de miras hacia el futuro que perdure hasta el fin, se satisface bien al llamar la atención del oyente hacia esta dimensión futura de la liberación o salvación de Dios de aquellos que están en Cristo Jesús. Los autores de los escritos del Nuevo Testamento hablan de una amplitud de experiencias que juntas constituyen el proceso más completo de la salvación.

Reconciliarse con Dios mediante la aceptación de Cristo, unirse al pueblo de Dios por medio del bautismo, caminar en la novedad de vida y ser liberado del cataclismo que pondrá fin a esta presente era malvada. Reducir esta comprensión más amplia de la obra salvadora de Dios a una sola faceta debilita el impacto que el concepto bíblico de la salvación debería tener en la vida de los cristianos, un concepto que no solo nos señala hacia atrás, hacia lo que Dios ya ha hecho en nuestras vidas, sino que también nos señala hacia adelante, haciéndonos anhelar lo que Dios aún hará por los fieles que continúan viviendo su respuesta de gratitud y obediencia reverente.